



Cuando Raúl me dijo que escribía un cuento hasta en quince minutos, y que pocas veces corregía luego, me sorprendí mucho: «yo que reviso y *reviso*, encontrando siempre gerundios de más, palabras repetidas...» Él, sin embargo, pistola en mano, pum, pum, pum, apunta al blanco de la hoja con muchos, muchísimos cuentos... pero cuando leyó esto y otras cosas que dije sobre su trabajo, creyó que le halagaba “demasiado”. Me sorprendí por segunda vez, porque en verdad yo no “halago demasiado” a nadie, mi (de)formado ego no sabe fanatizarse, ni admirar excesivamente, ni otras cosas por el estilo, quizás más naturales para otros. Claro, eso Raúl no lo sabe porque me conoce hace muy poco, no somos amigos sino “buenos colegas” que comparten el interés común de la literatura. Pero aquí no importan ahora mis palabras ni lo que yo piense sobre su cuento, sino su cuento en sí, por eso no diré nada más.

## ELDORADO. Raúl Flores Iriarte.

Eldorado era un champú de cuando él era más joven, mucho más joven que hoy. No una estrella ni un continente ignorado, sólo un champú. Barato, por añadidura. Ahora sólo era una palabra en medio de sus sueños más íntimos.

No, dijo, y trató de hacerle olvidar todo el asunto.

En serio, continuó hablando ella, Las niñas ya no quieren ser princesas y a los chicos les da por perseguir el mar dentro de un vaso de ginebra. Pongamos que hablo de Madrid, de Londres, o de cualquier otra ciudad en cualquier otro país del mundo. Míralos bien de cerca. Uno se cree que los mató el tiempo o la ausencia, pero la verdad es que siempre tendremos esas pequeñas cosas para recordarnos lo grandes que pudimos ser y nunca fuimos.

Él pensó que ya podían irse olvidando del asunto. Quizás también lo haya dicho en alta voz. Pero la verdad es que ella nunca le hacía caso.

Pasaban por aquella manzana donde estaba la casa que una vez hubiera pertenecido a Raymond Carver y entonces vieron aquello.

Un edificio de dos pisos. Pintura blanca sobre ladrillos rojos sobre cielo azul tarde en la tarde, como una escena de algún sueño de sábado a mediodía se alzaba en hormigón armado y paneles de acero. Las ventanas estaban cerradas, la puerta estaba abierta y, sobre el césped bien cuidado del jardín, estaban expuestos todos los artículos de la casa.

Todo. Todo allí. Sofá, butacones, sillas de plástico azul, sillones de madera estilizada, mesas de catálogo de importación. Un juego de cuarto Ikea, cama doble, mesitas de noche, espejo lunar. Había también un televisor, un video, un estereo, un lavaplatos, y varios mandos a distancia. Una forma de vida completamente al desnudo, cortada en pequeños fragmentos y diseccionada ante sus ojos como el cadáver de un perro en la carnicería estatal.

Debe de ser una liquidación casera, dijo ella.

Veamos cuanto piden por las cosas, dijo él.

Empezaron a curiosear. Hallaron que los equipos electrodomésticos estaban conectados. Sus cables se perdían en la oscuridad de la casa. Ella inspeccionó las sillas, tocó los manteles de seda, las almohadas; él encendió el televisor. Funcionaba bien. Cogió el mando a distancia y comenzó a hacer pequeños ajustes en el selector de canales. Después se sentó en el sofá a ver una película de Steve McQueen.

Ella se sentó en la cama. Se quitó los zapatos y se tendió de espaldas.

Deberías probar esta cama, dijo entonces. Su voz había adquirido la inflexión cansada de una podadora de césped.

Él fue hasta la cama; se sentó y ella se incorporó.

¿Y qué?

¿Qué de qué?

¿Qué te parece?

Buena, dijo él.

Ella lo besó. Él miró alrededor. Parecía incómodo.

No me siento bien aquí, murmuró, Voy adentro, a ver cuanto piden por las cosas.

Ella volvió a acostarse y cerró los ojos. Él atravesó el jardín y entró en la casa. Paredes vacías sin pintar. Pasillos vacíos sin amueblar. ¡Hola!, gritó, ¿hay alguien aquí?

Afuera anochece lentamente. Adentro también. Caminó por los pasillos desiertos. Nada. Subió las escaleras. En lo alto, dentro de un cuadro enmarcado, había algo escrito, demasiado borroso como para ser entendido.

¡Hola!, repitió, ¿hay alguien?

Creyó distinguir un ruido como de pasos en la oscuridad que vino y se volvió a ir. No pudo evitar un estre-mecimiento. Entró en una de las habitaciones. Estaba llena de estantes, y abrió uno al azar. Frazadas. Sábanas. Alfombras. Abrió otro. Latas de comida hasta el tope. Enormes cantidades de comida enlatada.

Otro de los estantes estaba lleno de discos y libros y pomos de desinfectante.

Entró a otra habitación.

Paredes desnudas a la luz de la luna recién nacida. Cristales fríos. En el centro del cuarto una nube inmensa de moscas revoloteaba zumbando sordamente, como la oculta premonición de un ataque masivo a los centros de comercio de la capital.

Él caminó y el suelo pareció quebrarse a sus pies. Miró abajo. Alguna de las tablas que recubrían el piso estaban partidas. Una mano asomaba desde una de las rajaduras en el suelo. Una mano humana.

Retrocedió de la habitación y salió de la casa.

Ella estaba en el sofá, viendo un reality show en la televisión.

¿Y?, preguntó.

No hay nadie en casa, dijo él.

Ella lo miró insistente. En sus ojos solo había el reflejo de las imágenes del reality show. Eso, y un fragmento de luna en un costado de sus pupilas.

Habían muchas habitaciones, dijo él, Muchas habitaciones. Esta casa es realmente grande. Esta casa es enorme. Una de las habitaciones estaba llena de moscas.

¿Moscas?, murmuró ella con relámpagos en su voz.

Moscas, asintió él, Moscas por todas partes. Hizo que se me erizara la piel.

Por un momento pensó en contarle lo demás, pero casi al instante se dijo que no hacía falta. Ella continuó viendo la televisión. La luz de luna la rodeaba como agua fría. Él prendió una de las lámparas.

¿No sería maravilloso si...?, aventuró ella, sonriendo.

No sé, susurró él sin dejarla terminar, No sé que sería maravilloso en

estos momentos.

Es una buena cama, dijo ella.

Es un buen televisor, dijo él.

Se quedaron en silencio. Un rato.

¿Recuerdas Eldorado?, preguntó ella entonces.

Él murmuró algo bajito. Ella no logró entender.

Lo siento, ¿qué has dicho?

Eldorado era un champú, dijo él, de cuando yo era más joven.

Se sentó junto a ella. Terminaron de ver el reality show y vieron una película en la que Dennis Quaid y Sharon Stone hacían pareja.

Después se hizo realmente tarde. Ella dijo que quería dormir y se acostó en la cama bajo la luz de la luna. Él entró a la casa. Buscó algo de comida enlatada y unas cuantas sábanas y frazadas extra porque, nadie sabe, quizás hiciera frío más tarde en la noche.

